

BUERO VALLEJO:

poco difícil juzgarse uno a sí mismo. Yo me limitaría a decir que en esta trayectoria ya un tanto larga yo he podido tener mi evolución como todo el mundo la tiene, pero básicamente yo no he cambiado. Básicamente yo no he modificado mis puntos de vista y tampoco los he ocultado. Por lo tanto, quiere decirse que si hoy me conceden este honor que me han concedido, como antes me han venido encima premios u otra clase de reconocimientos públicos, pues por algo será, pero no ha sido porque yo haya estado buscándolo o propiciándolo.

T.—¿Cree usted que quizá haya cambiado el país?

B. V.—Pues no, verá usted. El país sin duda está cambiando, lo queramos o no, lo advertimos o no. Los tiempos no pasan en balde. Pero, lo que sí creo que existen son los felices casos particulares con los que hay que hacer constantes excepciones a nuestras generalizaciones sociológicas. Estos felices casos particulares los hay en todos los terrenos y en todos los organismos y en todos los campos, son las personas «de bien». Ya sé que esta manera de citar a las personas es un poco ingenua y un poco antigua. Pero en este momento puede valernos. Es decir, hay personas con una cierta conciencia que hace que tengan la objetividad y la apertura necesarias para reconocer y premiar incluso valores aunque los conste que son valores opuestos ideológicamente a los suyos. Yo creo que por la acción de estas personas se produce que haya casos en los cuales haya a quien se le deja seguir adelante. Pero, además, es que en todos los lados hay personas también de muchas virtudes y de muchos matices y de muchas maneras de pensar. Y esto también actúa.

T.—El comentarista político de «Ya», decía ante su reciente nombramiento, que esto significaba una apertura y que «por primera vez un vencido entra en la Academia»...

B. V.—Probablemente no es cierto, porque algún otro vencido, precisamente el que me antecedió en el sillón que voy a ocupar, Rodríguez Moñino, gran figura de la bibliografía española y hombre de grandes cualidades, fue un vencido como yo. Pero yo diría, y no sé, claro está, la biografía de mis futuros compañeros ni tengo por qué entrar en un terreno tan delicado y tan personal, que en la Academia ha habido, y no sé si hay, quizá no específicamente vencidos, pero evidentemente personas de ideologías muy variadas y que no tienen por qué ser consideradas en absoluto como totalmente adscritas al vencedor. Al contrario, en la Academia parece que ha habido siempre una razonable atmósfera de neutralidad y de respeto mutuo.

T.—En un artículo general sobre la

generación de teatro realista se hablaba, a propósito de la evolución de sus componentes, de algún posible caso de «tigre domesticado»...

B. V.—Hombre, no sé... ¿Quién puede alardear de estar libre de culpa? Puede que a todo el mundo se le domestique un poco, más o menos por el simple hecho de durar y de vivir... Pero, en fin, es evidente que morder como los tigres no es posible. De modo que no es pensable, al menos desde el ángulo literario, el ser tigres. Tampoco hay por qué ser forzosamente domesticados por no ser «tigres». Hay muchas maneras de ser un inconforme frente a una realidad social que no nos guste. Hay, quizá, la manera del tigre, no digo que no. Pero esto no debe hacernos despreciar otras maneras, acaso de menor apariencia resolutiva, pero que, sin embargo, en cada uno de sus campos, y concretamente en el campo literario, también pueden estar ejerciéndose de forma menos ostensible y más larga, no menos positiva y no menos plausible, que no tiene por qué ser considerada domesticada...

T.—A sus cincuenta y cuatro años, con una labor teatral importante, con su reciente nombramiento en la Academia, con una vida en circunstancia difícil, con la perspectiva que hoy puede proporcionarle el tiempo, ¿cómo resumiría usted su vida y su obra, cree que han sido positivas, útiles, se siente quizá cansado, frustrado...?

B. V.—No, no me siento frustrado. Lo cual no quiere decir que, por supuesto, no cambiaría ahora muchas cosas de obras anteriores o que alguna de ellas no me guste nada o que me parezca no una dejación o una domesticación, pero sí quizá una inutilidad... Me arrepiento, claro, de muchas cosas de detalle en lo que respecta a la creación y probablemente me siga arrepintiéndome en la medida en que siga viviendo. Considerado en su conjunto, yo no me siento frustrado. Es decir, considero que quizá no haya dado todo lo que hubiese querido dar, pero no ya por circunstancias externas, aunque también éstas pueden influir, sino además por limitaciones y por insuficiencias propias. En ese sentido se puede entender que siempre hay un cierto grado de frustración en la vida humana. Pero, pese a todo ello y sin querer decir que he hecho una labor grandiosa, creo que he hecho una labor positiva y útil y de la cual me considero, hablando en general, conforme y hasta orgulloso. Porque por lo menos la intención y el propósito han sido —no sé si en todos los segundos de mi vida, pero sí en los momentos fundamentales—, desinteresados, altruistas y bienintencionados. ■ Entrevista registrada en magnetofón por DIEGO GALAN y FERNANDO LARA. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



Stephen Boyd y Marisa Mell, en un programa reciente.

ES muy difícil hablar bien de la televisión en cualquier lugar del mundo. Es un medio históricamente maldito que ha nacido con los pies deformados por los zapatitos de princesa china que le ha metido el sistema. Cualquier valoración positiva de un hecho televisivo es siempre relativa, porque la televisión, en todo el mundo, se halla en flagrante situación objetiva de delincuencia histórica. Pues bien. Con las distancias relativas trazadas, hemos insistido en varias ocasiones sobre los errores, incluso relativos, de TVE, y nos parece de igual relativa justicia glosar ahora uno de los pocos aciertos. Se trata del programa **Estudio Abierto**, que reúne en sí suficientes elementos de análisis como para comprender qué puede ser la televisión en su faceta espectáculo.

Normalmente, los errores de TVE son errores metalingüísticos. No nos referiremos ahora al metalenguaje condicionado por la politización total de la entidad, sino al metalenguaje al nivel de la semanticidad de todos los ingredientes televisivos. La televisión es inmediatez, brevedad y pocos puntos de referencia visual. En cambio, la televisión se empeña en la adopción de patrones lingüísticos derivados del cine o el teatro, sin investigar sus propios condicionamientos lingüísticos. El fracaso, por ejemplo, de los presentadores de televisión es el fracaso de su inadecuación. Hay unos modelos de conducta creados por el presentador radiofónico (en España los ha creado

Bobby Deglané), otros derivados del presentador escénico. Hay referencias semánticas aplicables a la presentación televisiva, pero hay modificaciones peculiares condicionadas por las peculiaridades del medio. El fracaso de los presentadores de televisión viene condicionado por su fidelidad a los modelos radiofónicos o del «show» teatral. El rostro y el ademán son los únicos recursos del presentador televisivo, la excesiva voz molesta y la voz radiofónica molesta. Los presentadores a lo radiofónico cansan, como cansan los presentadores «show».

Como intentaremos demostrar, uno de los aciertos de **Estudio Abierto** es precisamente su presentador. Está en la disposición justa como para convertir su presencia en necesaria pero no en abusiva. Separa a Iñigo de otros presentadores la tentación de la omnipresencia y la omnipotencia. Sabe poner cara de disculpa por insistir en su presencia, pero también sabe justificarla continuamente.

SINTAXIS DEL PROGRAMA

Un rostro se convierte en el elemento hilvanador de todo el lenguaje del programa. Es el rostro del presentador Iñigo. Primer acierto. De una manera intuitiva, se ha llegado a la elección de un rostro con un tono justo de expresión. No es un rostro publ-

ESTUDIO ABIERTO



La integración de lo cultural...
Iñigo entrevistando a Delibes.



Toda persona es personaje, según lo que sepamos hacerle decir. En la foto, con Urtain.

citarlo de la mercancía televisiva como suele serlo el de la mayor parte de presentadores. Tampoco recurre al talante radicalmente opuesto (caso de Urbarrri) que llega casi a pedir perdón por estar allí. Iñigo, además, ha recurrido a una sonrisa más ocular que facial, parapetada por el mostacho, distante, una sonrisa irónica pero amable, que consigue que parezcan muy sutiles hasta las preguntas más circunstanciales. Lleva la pregunta muy bien atada y adaptada a la especialidad del entrevistado (hay que atribuirlo a la excelencia del equipo de guionistas: Leguineche, Picatoste y García Candau). La cabeza de Iñigo es el elemento sintáctico que coordina los dos planos donde se desarrolla la acción: hacia su derecha suelen estar los entrevistados, hacia su izquierda la escenografía donde se van sucediendo las actuaciones líricas. De vez en cuando, la cámara o Iñigo cruzan esa realidad plana, bidimensional, y llegan hasta el público, actitud que evidencia la realidad de la grabación en directo y revaloriza el programa por su veracidad. Esa veracidad la transmite la presencia del público. Hay un testigo presente, pues, en el lugar de la realización, y eso provoca una mayor participación por parte del espectador.

Otro elemento en el resultado sintáctico óptimo es la elección de los entrevistados, mucho mejor que la de los cantantes en general. Hasta ahora no ha habido ni una entrevista anodina y se ha confirmado lo que debería

ser un principio informativo: toda persona es personaje según lo que sepamos hacerle decir. Desde un profesional de la anécdota, como Sebastián Miranda (nos obsequió con un delicioso resumen de novela erótica de comienzos de siglo), hasta el espectacular comevasos, pasando por dos graves arquitectos jóvenes y catalanes, por la Sara Montiel en plena e impresionante cuarta juventud, por la bien estudiada Emma Cohen o por varias personalidades deportivas, la elección de **personas** es uno de los aciertos del programa. Y entre todas las aparecidas, extraordinario el partido que se sacó de los dos ancianos sorianos, únicos habitantes de un pueblo abandonado. Uno de los ancianos reveló dos principios fundamentales de la filosofía popular. En cierta ocasión el alcalde de su pueblo le dijo que él era «el más malo» del pueblo.

—Yo seré malo, pero nunca he procurado agenciarme cosas de los demás, como por ejemplo...

Y puso en un brete al alcalde. El mismo anciano corrigió dos veces a Iñigo cuando se refirió a él con el término **personaje**: —Yo no soy un personaje. Soy una persona.

En cuanto al otro, dijo, nada menos, que Madrid no le impresionaba, porque había visto Tokio, que era diez veces más grande. ¿Cómo y cuándo había visto Tokio?

—En el cine.

He aquí una verdad propuesta para el análisis de cualquier teórico del conocimiento.

LAOCONTISMO SUBCULTURAL

Se entiende por laocontismo la tendencia a la integración de las artes desde que la formulara Lessing a través de la obra que ha dado nombre al asunto. La fortuna de un posible experimento integrador está por demostrar a nivel super-cultural más allá de los espectáculos audiovisuales teatrales (me refiero a algunas experiencias de espectáculo teatral total). Pero la televisión es un medio fundamental para que se realice el experimento del laocontismo subcultural. El programa **Estudio Abierto** es una muestra.

Desde el nivel informativo hasta la actuación canora en directo, **Estudio Abierto** es un ensayo de espectáculo audiovisual integrador. Le faltan algunos elementos complementarios: el telefilm y la retransmisión, los más necesarios. Pero es muy difícil conseguir en el mercado mundial del telefilm alguno que por sus características de duración y contenido encaje en este excelente programa. Una fórmula anterior totalizadora fue el programa **Todo**, que fallaba precisamente por todo lo que es acierto en **Estudio Abierto**. El carisma afortunado del presentador y la bondad del guión soportan.

Hemos dicho que el capítulo referente a la elección de cantantes es más discutible. Asistimos allí desde a la recuperación arqueológica hasta el alumbramiento de los «victor-manuelitos» de turno. De vez en cuando

se nos da la sorpresa grata de una Mari Trini convertida en la figura más interesante de la nueva canción castellana o de algunos cantantes de ruralia, interesantes si varían algo su repertorio (caso del extremeño —dostoyevskiano— Guerrero) o de un buen cantante de consumo como Nino Bravo, o de una «lolita» muy mona y muy poetizada como Gloria. Tal vez un cierto abandono del concesionismo a la línea melódica del **Spain is different** sería conveniente para mantener la coherencia interna del programa.

Estudio Abierto es muy significativo desde cualquier perspectiva. ¿Por qué se programa en la Segunda Cadena y no en la Primera? Habitualmente, se destinan a la Segunda Cadena los programas a los que se presume una menor audiencia por su contenido, forma o calidad. Suelen ir a esa Cadena los programas más malos y los mejores, y en la Primera se quedan en ese representativo nivel mediocre que, según parece, es el más deseable para dar la cara televisiva del país. Pero en el caso de **Estudio Abierto** sólo una voluntad de que lo vea menos gente parece condicionar su ubicación en la Segunda Cadena. La utilidad de esta mutilación potencial se nos escapa. **Estudio Abierto** no se presta a adjetivos alarmantes. Tal vez el adjetivo **Inteligente** sería el que mejor determinaría al programa y plantearía el alucinante problema de la peligrosidad de lo inteligente en contraste con lo rutinario y lo mediocre... ■ LUIS DAVILA.